

línea que describe el muro de la casita que le resguarda de la intemperie en direccion de O. á E., lo cual nos persuade de que al ser descubierto, estaba ya destruido todo el adorno que enriquecía el ángulo inferior izquierdo del mosaico. Ofrece la parte principal hoy existente la forma cuadrangular; y ceñida por orlas de labores geométricas, á manera de funículos, en que alternan los colores azul, blanco y rojo, ciérrase el todo de la composicion con otra orla de líneas blancas. Traza el espacio que estas orlas comprende, cinco compartimientos, destinado el central á contener el asunto principal del cuadro. Los cuatro de los ángulos, de los cuales solo tres se conservan, ostentaban dentro de otras orlas ó grecas de labor análoga á las ya indicadas, una gran corona de laurel, cuyo centro exornaban, á juzgar por el busto existente, las *Cuatro Estaciones* del año, representadas por bellas alegorías.

»Simboliza la que ofrecemos como detalle del mosaico, la Estacion Autumal bajo la figura de una mujer de tostada piel, bien que de bellas formas, cuyos negros y rizados cabellos coronan pámpanos y tallos de vid, cayendo á cada lado dos grandes racimos de uvas. Viste una túnica romana ligeramente abierta hasta la mitad del pecho, la cual siendo de igual color que las carnes, hace resaltar el de las piedras verdes del collar (monile) que exorna su garganta. No sin guardar alguna armonía con el asunto de estos cuatro medallones (y especialmente con el ya descrito), aparecía el cuadro central que aún destruido en su mayor parte, descubre con toda claridad la cabeza, pecho y brazos de un tigre ó leopardo de azulada piel, con manchas rojizas, el cual, sujeto por un collar tambien azul, es conducido de una rienda roja por un brazo, que colocado á cierta altura y en direccion transversal, fácilmente indica haber pertenecido al dios ó génio, que cabalgando guiaba la fiera. Véanse cubiertos los espacios que median entre los medallones, de vistosos ornatos que, á manera de simétrico laberinto, describen orlas, cenefas ó grecas de variados y vivísimos colores.

»Limitado el mosaico por la parte superior al O., algo inclinado al S. O., así como por los lados al N. y S., solo presenta, tras la última faja general, el ancho espacio arriba indicado, terminando allí, sin duda alguna, la estancia romana. Mas no sucede lo mismo con la parte inferior situada al E.; pues en lugar de ofrecernos en dicho punto el mismo espacio sembrado de piedrecillas blancas, hallamos el principio de otra orla, formada de un vástago cubierto de hojas, que se revuelven en contrarias direcciones, y bajo esta cenefa, el arranque de otra labor que parece indicar, con las dos líneas que la dividen en dos diferentes compartimientos, que seguía al cuadro anterior otro dispuesto de igual suerte, destinado á completar el pavimento de aquella rica estancia. Consérvanse tambien preciosos restos de otras dos divisiones: en la del lado izquierdo apenas alcanza á descubrirse una piña roja, circuida de un filete azul sobre fondo blanco, mientras que, en el opuesto se dibuja cierta labor geométrica, á manera de escaques pintados asimismo de azul, que resaltan sobre fondo blanco con algun matiz rojo.»

A este interesante y erudito análisis añaden los ilustradores «que el mosaico de los Carabancheles era la representacion de *Baco*, tal como en otros monumentos existe, que debió estar colocado en un *triclinio* ó comedor, mostrando en su anchura espacio suficiente para recibir los lechos (*tori*) que circuián los triclinios, y que teniendo en cuenta la situacion occidental de *Miacum*, considerada la posicion un tanto meridional de la quinta de los Carabancheles, y reparando en las ya indicadas de Vacía-Madrid y de Barajas, resulta que el perímetro ocupado actualmente por la capital de la Monarquía se halla casi del todo rodeado de antigüedades romanas de distinta naturaleza, ya que no quiera concederse que fueron algunas de estas desenterradas dentro de su propio recinto.» Si, pues, las memorias que se han descubierto más inmediatas, prosiguen diciendo los referidos autores, son indicio seguro de no distante poblacion, y si la disposicion y fortaleza de las colinas en que tiene Madrid asiento, no ménos que la proximidad del Manzanares, rio el más caudaloso de la comarca, convidaban á fundar una poblacion respetable casi en el centro de la Carpetania, ¿qué mucho que dados y reconocidos todos los ya expuestos precedentes, nos inclinemos á creer que existió en realidad dicha poblacion en el sitio ocupado despues por el famoso castillo de la Edad media?

CAPÍTULO II.

Situacion de la antigua *Complutum*. — Poblaciones de la Carpetania: Toledo; *Consaburum* ó Consuegra; rio *Tagonio*. — Límites de los Carpetanos; caminos. — Religion de la Celtiberia; costumbres; agricultura; minas. — Guerras y conquistas de los romanos; sumision de la Península.

HEMOS procurado descartarnos del embarazoso cúmulo de investigaciones que se han hecho sobre la existencia más ó ménos probable de una poblacion equivalente á la actual villa y corte de Madrid, para entrar desahogadamente en terreno más trillado, y por lo tanto ménos desconocido. La ignorancia respecto á la verdadera época de la fundacion de un pueblo pudiera argüir en favor de su remotísima antigüedad, si no probase tambien á veces su humildad é insignificancia; mas no sucede esto último con la célebre *Compluto*, que si bien oculta su origen entre las sombras de oscuros tiempos, ofrece noticias positivas de su existencia con relacion á una época que basta para ennoblecer cuantas memorias nos quedan de ella.

Si la etimología de la voz *Complutum* fuese, como el padre Florez opina, procedente de las griegas *Κώμη* y *πλιτος*, que significan *lugar rico*, no necesitaríamos más para calificarla de muy anterior al tiempo de los romanos. Favorecen esta presuncion su asiento y la calidad y cuantía de los frutos que da su tierra, una de las mejores de esta parte de Castilla la Nueva, abundante en granos, vides, hortalizas y frutas, como despues veremos. No ocupó precisamente el mismo sitio que la actual Alcalá de Henares, pero fué sin duda alguna su antecesora; y el hallarse construida en un alto, donde á la fortificacion natural podia añá-

dirse la del arte, demuestra no haber sido fábrica de romanos, dado que estos no consentían habitantes en puntos á propósito para su defensa, sino en llanuras, donde cómodamente pudieran embestirlos y sojuzgarlos. Alzóse, pues, la primitiva Compluto en la cuesta que hoy se llama de *Zulema* y en los términos también hoy ocupados por *San Juan del Viso*, una legua próximamente apartada de la población actual; y así lo testifican los restos de construcciones que todavía subsisten, con una argamasa dura como la peña viva, y algunos objetos numismáticos extraídos de entre sus ruinas, y sobre todo la inscripción de una piedra hallada cerca de Arganda y copiada por Ambrosio de Morales, que decía así:

IMP. NERVA.
CÆSAR. AUG.
TRAJANUS.
GER. PONT.
MAX. TRIB.
POT. IIII. P. P.
COS. II. RESTI
TUITACOMPL.
XIIII

La cual declara que el emperador Trajano restauró aquella calzada, que desde Compluto tenía catorce millas, es decir, tres leguas y media de las modernas. Imperaba ya Adriano, según parece, cuando se trasladó la población (trasladarse viene á ser aquí tanto como ensancharse ó irse corriendo sucesivamente) á la otra parte del río denominado actualmente Henares, y á la falda de la Cuesta de San Juan del Viso, que ahora se dice *Huerta de las fuentes* y fuente del Juncal, donde se ven trozos de fábrica romana, y en más de una ocasión se han descubierto diferentes piedras y acueductos y monedas de la época del imperio. Mas ni en aquel lugar subsistió tampoco, pues á principio del siglo v, habiéndose descubierto el sitio en que se conservaban los cuerpos de los niños Justo y Pastor, martirizados por el pretor Daciano, erigida allí silla episcopal, comenzaron á edificarse viviendas sobre el suelo santificado con la inocente sangre de los dos mártires, dando su antigüedad á entender que procedían de aquellos tiempos. El situar á Compluto allende el río, en una altura próxima á la ermita de *Nuestra Señora del Val* y á la falda de otra cuesta mayor, que llaman la *Vera Cruz*, es yerro, según advierte en su *España Sagrada* el padre Florez, pues no había allí espacio suficiente para población alguna. Dió margen á esta creencia el castillo que posteriormente hicieron en aquel sitio los árabes, y que como los demás que construían llamaron Alcalá, de donde se denominó después la cuesta *Alcalá la Vieja*. Convertida Compluto en sede episcopal á principios del siglo v, por haberse trasladado á ella el obispo Asturio, dejando la mitra de Toledo, conservó este honor hasta la época de la restauración, en que fué agregada á la metrópoli; pero esto pertenece á tiempos muy posteriores.

Hemos ya insertado arriba el catálogo de las diez y ocho ciudades principales que constituían la Carpetania; debemos, sin embargo, advertir que todas ellas,

tanto en su número como en su denominación, constan en el mapa de Ptolomeo, autoridad que no todos reconocen por infalible. Así el mencionado padre Florez, al determinar con toda exactitud los límites de la Carpetania, cita varias poblaciones cuya existencia no es dudosa en manera alguna, pero difieren tanto de las marcadas por el geógrafo griego, que no son ciertamente para omitidas. Hélas aquí: *Toledo, Complutum, Arriaca*, hoy Guadalajara, *Cesada*, muy cerca de Espinosa, entre Hita y Cogolludo, según se infiere por el Itinerario de Antonino, *Vicus Cuminarius*, hoy Santa Cruz de la Zarza, *Consabrum*, que es Consuegra, *Murus*, entre Manzanares y Villarta, y *Laminium*, junto á Fuenllana. Dícese que Santa Cruz de la Zarza recibió el nombre sobredicho por la abundancia de cominos que había en su tierra.

Fundándose en el testimonio de Plinio, afirman unos que Toledo era la capital de la Carpetania, y negando otros que esta fuese verdadera provincia, despojan á la futura corte de los visigodos de su título de tal cabeza, por creer que no se conocía en tiempo de los romanos semejante prerrogativa. Cuestión de nombre en último resultado: siempre aparecerá Toledo como la primera ciudad de la Carpetania, como una de las más importantes de la España Cartaginense. La Crónica del moro Basis, que no debe tenerse por autoridad sospechosa en esto, refiriendo lo que era en su tiempo y lo que de ella decía la tradición, la ensalza á su manera en los términos siguientes: «Fué siempre cámara de todos los reyes; e todos la escogieron por mejor para su morada, porque era á su voluntad en todas las cosas, et fué una de las buenas ciudades de quatro que fundó Hércules en España; et después siempre los Césares la tuvieron por cámara; et Toledo yace sobre el río *Tajo*, que es muy hermoso río; et la su agua es saludable, et no se corrompe como otras aguas, et la precian mucho por su bondad; et la su puente á par de Toledo es muy buena et muy rica; ca tanto fué sotilmente labrada, que nunca ome podía afirmar con verdad que otra había en España tan buena; et fué fecha quando vino Mahomat Elimen; et esto fué quando andaba la era (de los moros) en docientos et cuarenta años (de Cristo 854). Et quando entraron los moros en Toledo, tomaron la mesa de Salomon, fijo del rey David, et teníanla los cristianos, ca los judíos la habían traído á España (cuento en que sólo podía creer el moro Basis). Et Toledo es muy buena cidá, et muy grande, et de muy grand placer, et muy fuerte et muy amparada: magüer la cercaron muy grandes poderes, siempre se tuvo bien; et fué muy provechosa en todos tiempos para sus moradores; et siempre de buena mantención, et muy abondada en los años fuertes; et siempre vinieron á ella de todas partes; et ha la mejor tierra de panes, tanto como la mejor de España. Et otrosí es tierra de buenos aires; et su pan dura mucho, et non se pudre nin se daña, tanto que pueden detener el trigo diez años, que non sea muy dañado, et por esto se tenía mucho quando había guerras. Otrosí el su azafran es mejor que de toda España en tinta é color. Et Toledo fué la mayor cidá de término que obo en España, et de la que más fablan las escripturas que nos fallamos.»

Hace mencion de ella Tito Livio en sus Décadas (IV, lib. V, cap. VII), refiriendo la batalla que en sus inmediaciones dió á los vacceos, vetones y celtíberos Marco Fulvio, cogiendo prisionero al rey Hilermo, el año 561 de la fundacion de Roma, y ántes del nacimiento de Cristo 193. Renovó al año siguiente sus hostilidades, poniendo sitio á la ciudad, y logró apoderarse de ella, aunque acudieron á socorrerla los vetones. Ya en aquella época parece que gozaba el privilegio de batir moneda, pues se conservan algunas de diferentes cuños; y si no estaba conceptuada verdadera capital de dicha region, figura por lo ménos como término de uno de los caminos que se hallan en el Itinerario de Antonino, lo cual, como advierte Florez, indica ser una de las ciudades más célebres y excelentes de aquella edad. Del Tajo, al que los poetas atribuyen arenas de oro, que rodea por todas partes la ciudad, excepto por la del Norte, sólo diremos que nace en la antigua region llamada de los *lusones*, entre Molina de Aragon y Albarracin, donde se dice *Fuente Garcia*, y lleva sus aguas á Lisboa, entrando en el Océano. Las ruinas que conserva Toledo de un circo máximo, á la parte de la Vega, de un gran templo, que se descubre tambien extramuros, y de un teatro ó anfiteatro junto al hospital llamado *de afuera*, así como algunas lápidas de que se dá noticia, justifican la predileccion con que á juicio de varios autores fué ya mirada bajo el dominio de los romanos.

Otro de los pueblos pertenecientes á la Carpetania, fué *Condabora*, *Consabrum* ó *Consaburum*, que con todos estos nombres se designa, y corresponde exactamente á la actual *Consuegra*. Hállase en el Itinerario de Antonino distante diez leguas de Toledo y sobre la vía militar que desde Laminio pasaba á aquella ciudad; y aunque era poblacion celtibérica, caia tanto hácia la parte occidental, que se internaba en la Carpetania. *Caraca* y *Arriaca* equivalen á *Guadalajara*, si bien algunos aceptan solamente la segunda denominacion, y atribuyen la primera á Carabaña. El rio Henares, que dá nombre á Alcalá y pasa por la mencionada ciudad de Guadalajara, segun la opinion más comun era el *Tagonius* de la Celtiberia; pero el señor Cornide en su Memoria sobre las antigüedades de *Cabeza del Griego*, lo pone en duda, haciendo las siguientes reflexiones: «De este rio sólo nos conservó Plutarco la noticia, hablando de una célebre estratagema con que Sertorio venció á los naturales de la ciudad de Caraca. Si supiésemos la verdadera situacion de esta ciudad, no nos sería difícil determinar á qué rio aplican los modernos el nombre de *Tagonio*. Morales, que en el libro VIII de su Crónica refiere esta estratagema de Sertorio, se inclina á que Caraca fué Guadalajara, y por consiguiente Henares el *Tagonio*. Pero yo hallo en esto mucha repugnancia por la poca semejanza de estos nombres, de los cuales el de *Tagonio* se acerca más al de *Tajuña*; y en este concepto y en el de que en la villa de Carabaña, situada á la márgen derecha del Tajuña, se hallan todas las circunstancias con que Plutarco refiere la accion de Sertorio, he creido que á aquella villa se debe reducir el Caraca de Ptolomeo, y al Tajuña el *Tagonio* de Plutarco. En este concepto debemos contar este rio (que nace como unas

cinco leguas al Sudeste de Medinaceli, cerca del lugar de Clares) entre los de la Celtiberia, por la cual corre á lo menos hasta un poco más arriba de Mondejar, y suponer que es uno de aquellos rios, de los que dice Estrabon regaban este país y llevaban sus aguas hasta el Océano occidental: lo cual se verifica en el Tajuña, que despues de haberlas mezclado con el Jarama por bajo de la villa de Bayona, corre con él á entrar en el Tajo entre el cortijo de Requena y el campo flamenco de Aranjuez.»

Para terminar, pues, este asunto, marcando de una vez la verdadera extension de la Carpetania, añadiremos que sus límites por Oriente confinaban con los de los celtíberos, segun lo expresa Ptolomeo, llegando hasta la tierra de Cuenca; y por lo tanto Ocaña quedaba dentro de la Carpetania, mirada esta por su línea oriental, que llegaba al rio Júcar exclusive, desde su nacimiento hasta Alcaraz. Por el Mediodía acababan los carpetanos en Alcaraz y el campo de Montiel, pues su último lugar era Laminio ó Fuenllana, que caia inmediato al mismo Montiel, y Ocaña venia á ser casi el centro de la Carpetania; la cual, por último, se dilataba de Norte á Mediodía desde Somosierra al mencionado campo de Montiel y sierra de Alcaraz, que fué despues lo que comprendia el arzobispado de Toledo, no contando el adelantamiento de Cazorla.

En nuestra Introduccion apuntamos ligeramente las diferentes vías militares que comprende el tantas veces citado Itinerario de Antonino; pero existian otras calzadas que pasaban por la Celtiberia y no se hallan mencionadas en él. «La direccion de estas calzadas, dice el señor Cornide, es enteramente opuesta á la del Itinerario, pues siendo así que las que mencionan se dirigen por lo comun de Oriente á Poniente (como sucedia á las que venian de Italia cortando el Pirineo), y de Occidente á Oriente (como las que pasaban de Mérida y Astorga hácia las Galias), las de que ahora tratamos se dirigian de Mediodía á Norte, y verosímilmente no era otro su objeto que dar comunicacion á los muchos y famosos pueblos del Mediterráneo, y principalmente á la capital del convento jurídico de Cartagena con las provincias septentrionales y el convento jurídico de Clunia.»

Entre estas calzadas, dos únicamente habia que hacen á nuestro propósito; pero la que, atendido su estado de conservacion, puede determinarse mejor, es la que se dirige á Uclés casi en línea recta, que en el espacio de dos leguas cortas que median entre Cabeza del Griego y Uclés, se podia reconocer por todas partes, como sucedia al lado del camino que bajaba al rio Jihuela, desde donde rodeando el cerro, subia al resalto que hace la muralla de la poblacion antigua. Esta calzada debia continuar por los lugares de Huelves y Almonacid de Zurita á pasar el Tajo por un puente antiguo, cuyos vestigios se conservaban un poco más abajo de la Olla de Bolarque, esto es, de la confluencia del Guadiela con el Tajo, direccion la más conforme con la disposicion del terreno, limitado al Oriente por las sierras de Altomira, Javalera y el Bugedo, y la más oportuna para encontrarse cerca de Sigüenza con la calzada romana que venia de Toledo por Titulcia, Complutum y Cesata. Esta de que se

trata debía pasar por entre Sayaton y el desierto de Bolarque á un lugar llamado Romanones, y desde aquí al de Retuerta y al de Romancos, dirigiéndose por el monte que media entre Pajares y Solanillos, por el cual iba el camino de Toledo á Sigüenza, conocido con el nombre de la Galiana. Por lo demás las denominaciones de romanones y romancos eran muy comunes en aquellos parajes por donde pasaban los caminos antiguos; y la de retuerta frecuentísima donde estos hacían vueltas ó recodos. De las demás calzadas no comprendidas en el Itinerario prescindimos absolutamente, porque se apartaban mucho de los límites de la Carpetania.

Discurriendo acerca de los orígenes de los primitivos pueblos que ocupaban la Celtiberia, no sería ocioso, sino muy propio del empeño que á nuestro cargo hemos tomado, dar alguna idea de la religion que profesaban, ó por lo ménos de los dioses á quienes rendían culto. Por desgracia nada hay positivamente averiguado sobre este punto. De pueblos poco ilustrados, ya que no queramos calificarlos de totalmente rudos, faltos de erudicion y literatura, meramente dados á las faenas agrícolas, y cuando más al ejercicio de las artes mecánicas y la industria, sólo podemos saber lo que la tradicion ó los clásicos de la antigüedad hayan podido trasmitirnos. Tácito describió en su obra inmortal las costumbres de los germanos; pero ningun otro cónsul ni pretor pintó las de los celtíberos; bien que ¿dónde hallar otro historiador que supiese elevar tan alto una época de decadencia? Entre los modernos hallamos algunas indicaciones sacadas de los autores que incidentalmente suministran escasos datos para poder emitir algun juicio sobre el particular. Velazquez en su *Ensayo sobre las monedas desconocidas* aventura ciertas especies sobre los dioses Necys ó Neton Endobélico, Antuvel, Navi, Baracco y Cauleve, propios de los celtíberos y por consecuencia de los carpetanos, pues no es fácil que difriesen esencialmente en culto ni aún en legislacion los pueblos de la antigüedad que estaban en íntimo contacto y habitaban un mismo territorio, como sucedió despues entre razas de distinto origen y procedencia. Pero las noticias que por este medio lograríamos adquirir no bastan para satisfacer la más frívola curiosidad: las medallas hasta ahora descubiertas contienen algunos nombres; el principal, el de *Elman*, que algunos interpretan por el de un dios así llamado, otros presumen que era el de la ciudad *Elmantica*, situada en los vacceos y equivalente á la moderna Salamanca. La leyenda *Celsa*, que muchos creen alusiva al nombre de aquella ciudad, segun el señor Cornide puede significar tambien una deidad favorita de los celtíberos. En el reverso de la medalla que ofrece dicha leyenda, se representa además un caballo pastando, y en el anverso una cabeza juvenil con un caduceo á la espalda; y «¿qué otra cosa, pregunta el señor Cornide, puede representar la cabeza con el caduceo que la de Mercurio, dios del comercio que ejercerian los celsenses por el Ebro, á cuya izquierda estaba situada su ciudad, ni á qué puede aludir el caballo del anverso, sino á los celebrados de la Celtiberia, que pastaban en las riberas del mismo rio, del Tajo y de otros de este país?» Pero

el mismo escritor que dá tanta importancia á esta conjetura, añade á continuacion lo que no podia ménos de ocurrírsele, si habia de dar siquiera muestras de desapasionado: «No obstante el bello cuño de esta medalla, y el culto que por ella se infiere daban los celsenses á Mercurio, me hace sospechar que no es de los tiempos más remotos, sino del en que ya pacífica la Celtiberia y regiones vecinas habian recibido la cultura y la religion de los conquistadores.» Esta es la única que puede darse como conocida é incontrovertible, porque era la que con sus leyes y su dominacion imponian los señores del mundo á los vencidos.

◀ Estrabon refiere que en la Celtiberia se daba culto á un dios sin nombre, cosa apénas concebible, y que á este dios festejaban los naturales en las noches del plenilunio, juntándose á bailar delante de las puertas de sus casas, reunidas todas las familias; y estos serian sin duda aquellos sacrificios, en que, segun Frontino, estaban ocupados los segobrigenses, cuando despues de haberlos hecho creer Viriato que habia desistido del empeño de conquistar su ciudad, se dejó caer repentinamente sobre ellos.

De las costumbres y modo de vivir de los habitantes de aquella extensa region, hace el mismo señor Cornide en su citada *Memoria sobre las antigüedades de Cabeza del Griego*, un curioso resúmen, tomado de Estrabon, de Diódoro Sículo y otros autores de nuestros tiempos; el cual trasladamos íntegro, porque la presuncion de mejorarlo ó reducirlo á menor espacio nos expondria indudablemente al riesgo de desvirtuar su carácter ó faltar á su exactitud. «Debemos, dice, creer que las costumbres de los celtíberos fuesen como las de los celtas sus ascendientes y como las de todos los habitantes del Norte de nuestra España, que describe Estrabon hablando de los lusitanos y gallegos. Vivian por lo comun estos pueblos montañeses en lugares pequeños y muchos de ellos en los montes y las selvas. Eran los más de un carácter fiero é inhumano, hasta que vencidos por los romanos empezaron á civilizarse, adoptando sus modas, y con ellas sus vestidos. Usaban antes de unas ropas cortas llamadas *fagos*, de color negro, como fabricadas de la lana de sus rebaños, y de ellas tenian tanta abundancia, que sus vencedores solian imponerles las contribuciones sobre este ramo de industria. Cubrian la cabeza con una especie de casquetes adornados de plumas y garzotas, y el cuello con collares de perlas, ó de otra materia, como nos lo representan las medallas. Sus ejercicios ordinarios eran la caza y los juegos de á caballo, como se vé en estas mismas. Eran parcos, pues se contentaban por bebida con el agua y con la cidra, reservando el vino para las grandes festividades; y en ciertos tiempos del año, sólo se alimentaban de bellota, de la cual molida hacian cierto pan, que usaban en lugar del trigo. Tenian gran respeto á las personas mayores, á quienes en sus juntas cedian el primer lugar. No conocian la moneda, y solo se servian del cambio de unos frutos por otros, y cuando los que poseian no eran suficientes á satisfacer los que recibian de sus vecinos, les pagaban con pedazos de plata que cortaban de ciertas láminas de este metal, como ahora hacen los chinos. Eran valientes y osados en la guerra, á la que salian

armados ligeramente con lanzas, escudos y espadas; y en sus escuadrones interpolaban la infantería con la caballería, la cual en los terrenos ásperos y difíciles echaba pié á tierra, y servía como nuestros dragones. Sus mujeres no solo ayudaban á los hombres en el cultivo de la tierra, sino que los auxiliaban en la campaña, empleándose en todos sus ejercicios, como los mismos hombres.

»El ya citado Estrabon dice, hablando de la disposicion natural de este país, que aunque áspero y montuoso por la mayor parte, tampoco carecia de llanuras. De aquí resulta que lo áspero y montuoso debia estar (como lo está hoy) poblado de varios árboles silvestres, que muchas veces servian de refugio en sus desgraciadas acciones á los naturales. Los pinos, las sabinas, los élerces ó cedros hispánicos, los enebros, las encinas y los robles poblarian sus montes, y de ellos serian extraidos para emplearse en las fábricas de otros países que carecian de maderas, como se infiere de las obras practicadas en Peña-escrita, cuya memoria nos ha conservado la inscripcion publicada por el señor Juero. No por eso faltaban olivos, higueras y viñas, como hoy se ven en varias partes de esta region; y si no eran tan numerosos sus plantíos como en las costas del Mediterráneo, la falta no era del terreno, sino de los naturales, á cuya desidia lo atribuye el geógrafo griego.

»Así como la parte montuosa se hallaba ocupada por semejantes plantíos, así la llana y ménos ingrata estaba destinada (como en el dia sucede) á campos de pan llevar y dehesas, en que ahora pastan numerosos rebaños de yeguas, y en que en los tiempos antiguos pastarian aquellos famosos caballos celebrados por su destreza y agilidad, y de los cuales observa Estrabon, que aunque nacieran manchados de varios colores, llegaban á mudarlos y quedarse con uno solo, cuando eran llevados fuera de su país. Debían de ser tan estimados estos caballos, que ellos solos forman entre los anticuarios el carácter distintivo de las monedas llamadas celtibéricas, como se puede ver en las que publicaron los célebres Lastanosa, Velazquez y Mahudel.

»En estas mismas medallas se vé igualmente cierta especie de peces conocidos por lo comun con el nombre de delfines, para diferenciarlos de los sábalos y atunes marcados en las monedas de la Bética. Nadie ignora que los delfines (segun nos los representan las figuras antiguas) son unos peces imaginarios y no conocidos entre los ithiólogos modernos. Por esto creo yo que en los peces representados en las monedas celtibéricas no tuvieron otro objeto los que las acuñaron que dar idea de la abundancia que habia en los rios de su país, y esta se verifica en los de nuestra region, en los cuales son comunes los barbos, los cachuelos, las luinas y las comizas; todos de un mismo género aunque de diversas especies.

»La caza debia ser no menos abundante en los tiempos antiguos que en los modernos. Estrabon dice que lo eran las abutardas, los cisnes, los castores y aun ciertos caballos silvestres, que acaso serian los onagros ó cebras que por el libro de montería de nuestro Rey Don Alonso sabemos eran comunes en varios montes de España. No lo son poco en nuestros dias las liebres

y los conejos en los de la Celtiberia; y en los bajos relieves del Almudejo se reconoce aquel primer animalillo que se representa en nuestras monedas como carácter distintivo de nuestra España. El culto tributado en las inmediaciones de Cabeza del Griego á la diosa Diana, protectora de los cazadores, supone la inclinacion de estos pueblos á semejante ejercicio; y en los bajos relieves ya referidos, aún se conservan bastantes señales de que no solo se dedicaban estos pueblos á perseguir las especies menores, sino que tambien se ocupaban en las mayores, como lo dan á entender los hombres armados de venablos, los sabuesos y otros perros de mayor tamaño, sólo propios para su caza.

»La abundancia de esta en la parte septentrional de la Celtiberia la supone el ordinario signo de las medallas de Clunia, en que se vé representado un jabalí que tambien algunas veces sirvió á esta ciudad de sello ó contramarca.

»No debian estar escasos los metales en esta region; pues en los varios triunfos, que por las victorias conseguidas en ella, concedió la República romana á sus generales, vemos hacian ostentacion de las riquezas que habian adquirido en sus conquistas. Estrabon citando á Posidonio, dice que en una sola vez presentó en Roma Marco Marcelo 600 talentos que habia exigido de estos pueblos; de los cuales observa el geógrafo griego, que á pesar de la esterilidad de su terreno, eran ricos y numerosos. De dónde sacaban estas riquezas es difícil adivinar, pues aunque del Tajo (rio propio de este país) nos dicen los autores que arrastraba arenas de oro, no sabemos de dónde las recogia. Estrabon, hablando de las minas de los montes Marianos, dice que tambien las habia en los de la Carpetania inmediatos á aquel rio, y aun mucho más en otros vecinos á la Celtiberia, y estos podrian ser muy bien los de Castulon, en cuyas inmediaciones estaba el celebrado monte Argentario, donde nacia el Bétis.

»Aunque no conocemos en esta region las minas de los ricos metales en que consistia su opulencia, sabemos no obstante que en ella no eran infrecuentes las de otros no menos importantes para los usos de la vida humana. Los montes de Cuenca y de Molina nos las ofrecen muy ricas de fierro, y aún de cobre; y los pozos del Montalbanejo, Belmonte y otras partes suponen la extraccion de estas materias. El curioso don Guillermo Wouls, en su *Geografía física de España*, nos ha conservado la noticia de varias vetas de aquellos dos últimos géneros, descubiertas en las sierras de Molina, y sin duda que de ellas y de las inmediaciones de Calatayud y del Moncayo era de donde se sacaba aquel precioso mineral de que se fraguaban las armas tan celebradas de los celtiberos.

»El poeta Marcial, que era natural de esta region, y el griego Diódoro, de Sicilia, ponderan la excelencia de estos metales, y la destreza con que estos pueblos los preparaban para sus usos, ya con el beneficio de las aguas de los rios, ya enterrándolos por algun tiempo, para que purgados de las partes más groseras adquiriesen la firmeza y perfeccion de que eran susceptibles. Bilibis ó Calatayud era una de las principales oficinas de esta region, y su inmediato rio,

conocido en aquellos tiempos con el nombre de Salo y en los modernos con el de Jalon, era celebrado por la excelencia de sus aguas para el temple.» Las relaciones de los dos autores mencionados, especialmente la del segundo, están conformes con el testimonio de Estrabon.

España, que habia gemido bajo el yugo de los cartagineses, tuvo que sostener una lucha de doscientos años con los romanos. Halagando estos á los pueblos ibéricos, primero con sus beneficios, y despues con el ascendiente de su poderío y civilizacion, unas veces por medio de alianzas y otras á viva fuerza, fueron lentamente ocupando los puntos que más favorables creian á su futura dominacion. A realizar sus designios coadyuvaba la falta de unidad en la existencia política de aquellos diversos pueblos, tribus y naciones, compuestas de elementos heterogéneos, á veces no sólo desemejantes, sino encontrados, y en guerra abierta y continúa, cuando la paz y una confederacion para la mútua defensa del territorio hubieran hecho imposible cualquiera agresion extraña. Muriéron los Escipiones, cansada ya la fortuna de coronar todas sus empresas; sucedióles Lucio Marcio, cuya eleccion, hecha por las legiones, sobresaltó al Senado, y más yendo acompañada de las aclamaciones de sus victorias; prosiguiólas Publio Escipion el jóven, que á fuerza de triunfos mereció luego el título de *Africano*. La toma de Cartagena puso término en España al imperio de sus antiguos dominadores; para sojuzgar del todo á los vencidos, envió Roma pretores y cónsules que se renovaban cada dos años; pero desde Caton á Lúculo, desde Marco Elvio á Galba, España sólo experimentó tiranías, despojos y desafueros.

Cada vez se mostraba más viva y sangrienta la lucha en la Celtiberia, de donde á menudo solia comunicarse á los carpetanos. El año 192 ántes de J. C. derrotó el pretor Marco Fulvio Nobilior á un ejército de celtíberos acaudillado por el régulo español Hinerlo, en las inmediaciones de Toledo, y al año siguiente, despues de formal asedio, se apoderó de esta ciudad, como lo habia ya logrado de algunas otras. Los lusitanos por el mismo tiempo alcanzaron un señalado triunfo, que vengaron despues los romanos derrotándolos completamente. No es posible seguir las varias alternativas de aquellas guerras, porque á lo mejor hallamos interrumpido el relato de sus continuas vicisitudes. Sábese, sin embargo, que noticioso Quinto Fulvio Flaco, nombrado pretor para la España Citerior, el año 182, del gran número de fuerzas que habian juntado los celtíberos (segun se dice treinta y cinco mil infantes), salió en su busca, reforzado tambien convenientemente, hasta la ciudad de Ebury, llamada hoy Talavera de la Reina, situada orillas del Tajo y á la parte occidental de Toledo. Establecieronse ámbos ejércitos á dos millas de distancia, los españoles atrincherados y deseosos de que los enemigos fuesen á provocarlos, Quinto Fulvio resuelto á no adelantar un paso hasta que los celtíberos cayesen en el lazo que les preparaba. Así permanecieron algunos dias; el pretor despachó en secreto á Lucio Acilio con fuerzas suficientes para que ocupase la espalda de la colina donde los celtíberos acampaban, y

á poco tiempo dos escuadrones de caballería que se adelantasen á practicar reconocimientos, pero sin empeñar lance alguno, y fingiendo volverse amedrentados así que diesen en ellos los enemigos.

No era aún muy conocida esta estratagema, sobre todo de la poca experiencia de los celtíberos: salieron tras los romanos, viendo que huian, y abandonaron sus trincheras, dejando en ellos una corta fuerza, para señal, más bien que para defensa de aquel punto. Embistiólos entónces Quinto Fulvio, y avanzando Lucio Acilio por la parte opuesta, quedaron los celtíberos metidos entre los dos ejércitos. Combatieron largo tiempo, se defendieron con la mayor desesperacion, pero eran inútiles sus esfuerzos: veintitres mil hombres se dice que perecieron aquel dia, quedando en poder de los romanos cerca de cinco mil, más de quinientos caballos, ochenta y ocho banderas y un botin cuantioso. Los que se salvaron de aquella rota se acogieron á *Consaburum* (Consuegra), desde donde tuvieron la osadía de provocar al mismo que acababa de vencerlos. Verdad es que confiaban en recibir grandes refuerzos; pero las lluvias los retrasaron, y cuando llegaron era ya tarde: Quinto Fulvio se habia hecho dueño de la plaza, y revolviendo sobre los que venian en su auxilio, consiguió otra victoria no ménos importante que la pasada. Terminado el tiempo de su prefectura, volvió á Roma con parte de su ejército, y entró en la ciudad con la pompa y honores debidos á sus triunfos.

Su sucesor Sempronio, que se mantuvo algun tiempo ocioso, por fin desbarató las pocas fuerzas que podian oponerle los naturales, y recorriendo el país, fué rindiendo las poblaciones que hallaba al paso, en número de más de ciento; y no bastó esto á vencer la obstinada resistencia de otras muchas, que ademas de negarse resueltamente á las continuas exacciones que los pretores les imponian, enviaron á Roma comisionados para que expusiesen sus quejas y solicitasen un remedio, sin el cual no era posible paz ni alianza alguna. El Senado, convencido de la justicia con que se reclamaba contra semejantes agravios, hizo algunas concesiones, tres principalmente, á saber: que en lo sucesivo no se sujetase el trigo á la tasa que imponian los gobernadores, ni se dejase á estos la facultad de fijar los tributos equivalentes al cinco por ciento que se pagaba de los productos de las tierras, y por último que se suprimieran los cuestores romanos, y cada provincia recogiese por sí las contribuciones; pero estas reformas disminuyeron de tal modo los recursos, que se volvió en breve al sistema antiguo. En reemplazo de dos de los pretores cuyo gobierno estaba próximo á espirar, temiendo la sublevacion con que amenazaban los pueblos de la Celtiberia, mandó el Senado años adelante á España con el carácter de cónsul á Quinto Fulvio Nobilior, y de pretor á Lucio Mummio. Vence el cónsul á un ejército de arevacos, se refugian estos en la ciudad de Numancia, acomete Fulvio á los numantinos, y experimenta una derrota que fué terrible humillacion para su altivez. De aquí tuvo origen la guerra de Numancia, una de las más sangrientas y heroicas que refieren los anales de la humanidad.

Llegó España á ser el terror de Roma. No se hallaba entre tantos capitanes como habian immortalizado su nombre en continuas guerras, un guerrero que quisiese llevar sus armas á la Península ibérica: hubo de ofrecerse para aquel arriesgado cargo un jóven de la familia de los Escipiones llamado Publio Cornelio, y Emiliano de su padre Paulo Emilio, y fué nombrado general á las órdenes de los cónsules á quienes estaba confiado el gobierno de las provincias. El cónsul Lúculo y el pretor Galba apuraron el sufrimiento de los españoles; rendida la ciudad de Cauca, entre otras condiciones con la de que habia de respetarse á los habitantes, al salir de la plaza manda Lúculo pasarlos á cuchillo, y los infelices prisioneros pagan con su sangre su inocente credulidad. Galba se mostró no ménos pérfido é inhumano por la parte de Lusitania. Tantos ultrajes pedian venganza, mas para saciarla en aquellos inícuos tiranos, se necesitaba un héroe. El héroe tardó poco en aparecer; era un pobre pastor de la Lusitania, llamado Viriato, que sin conocimiento alguno de la guerra ni de sus artes, llevaba en sí el espíritu de un insigne capitán, encendido en el fuego del amor patrio; misterios con que suele revelarse al mundo la Providencia. Desde que Viriato empuñó la lanza se hizo temible por su denuedo, y más áun por su sagacidad y por su fortuna. En los once años que, segun unos, ó en los catorce que, segun otros, acaudilló las armas enemigas de los romanos, contó sus triunfos por sus empresas, y sus empresas fueron innumerables. Combatiendo unas veces bajo los muros de su patria, otras en el país de los turdetanos, tan pronto en la Carpetania como en la Bética, donde quiera que se alzaba el estandarte de un cónsul rapaz ó de un pretor sanguinario, allí se veia su espada siempre en contra de la opresion, siempre en defensa de la justicia. Y es doblemente digno de alabanza y admiracion, porque habiendo llegado á ser el caudillo más popular y poderoso de aquellos tiempos, ni nunca afectó grandeza, ni usaba de severidad, ni abandonó las sencillas costumbres y los modestos hábitos de su juventud. Murió á manos de unos traidores, comprados por la cobarde alevosía del cónsul Cipion, que viendo consumado el crimen, repudió á los criminales, avergonzado de ellos y de sí propio.

Otra de las manchas que cayeron sobre el brillante escudo de Roma fué la de la sangre de los invictos mártires de Numancia; empresa que iniciada, como hemos visto, por Quinto Fulvio, seguida por el prócónsul Quinto Pompeyo, y terminada por el cónsul Publio Escipion Emiliano, costó á los romanos cinco ejércitos, otros tantos generales, y por último la infamia de su victoria; mas no nos detengamos en un sitio que cae muy léjos de los límites á que nos vemos reducidos. Años despues, 99 ántes de nuestra Era, hicieron los celtíberos alianza con otros pueblos de la España citerior, para oponerse á las insoportables

exacciones de los romanos, y el cargo de reprimir esta sedicion se dió al cónsul Tito Didio, que destruyó á Segovia y Termes, ciudades de los arevacos, derrotó á los vacceos en una sangrienta batalla, y se apoderó por último de la ciudad de *Colenda* (Cuéllar), á los siete meses de asedio. Cuéntase de él que reunió en su campo gran número de españoles con la oferta de cederles y repartir entre ellos las tierras de Colenda, y así que los tuvo juntos, los degolló á todos; bárbarie apenas creible.

De las sangrientas discordias con que Mario y Sila estremecieron á la metrópoli, nació Sertorio, que refugiándose en España, se propuso organizar á la romana una potencia que hiciese frente á la tiranía de Roma. No pudo olvidar su origen, y en vez de constituir una nacion independiente, introdujo en ella todos los elementos de una civilizacion extraña. Gobernó como gran repúblico; guió sus ejércitos como caudillo no ménos diestro que valeroso; llevó á cabo gloriosas expediciones, y en su lucha con Pompeyo mostró la superioridad de su ánimo y su talento. Acometió entre otras empresas el sitio de Consaburum ó Consuegra, como tiempos atrás Quinto Fulvio, y mucho ántes Cecilio Metello, llamado el *Macedónico*. Cuarenta dias de rigoroso asedio le costó aquella conquista: levantó eminentes torres para dominar el casco de la ciudad; empleó toda suerte de máquinas para quebrantar sus muros, y por medio de minas abiertas en los cimientos de los baluartes, puso gran cantidad de fuego debajo de tierra. Aterrados los habitantes con el espectáculo de las torres, viendo los muros próximos á abrirse con inevitable ruina, y que del suelo brotaban llamas que en breve consumirían sus edificios, se apresuraron á pedir capitulacion. Otorgóselo Sertorio, contentándose con que depusieran las armas, pagasen una pequeña suma y dejasen algunos rehenes en seguridad de lo pactado; pero habiendo hallado varios desertores acogidos dentro de la plaza, mandó que fuesen pasados á cuchillo por mano de los habitantes, y ejecutada esta justicia, precipitó los cadáveres desde las murallas. Su trágico fin demuestra cuán peligroso es el camino de la ambicion áun para aquellos que abrigan propósitos legítimos y laudables. Perpenna, su asesino, logró ser por el pronto su sucesor, para morir poco despues bajo la segur de Pompeyo, el verdugo de Calahorra.

Al mencionar el nombre de Pompeyo, viénese involuntariamente á la memoria el de César, su insigne competidor, y con éste la pacificacion, la reduccion de toda la Península bajo el cetro del fundador del imperio que llegó á avasallar el mundo. Aquí damos fin al oscuro período que con tanta incertidumbre hemos recorrido, tratando de los orígenes de pueblos, que unidos hoy bajo una denominacion comun, han de dar despues ámplio asunto á toda especie de investigaciones y conjeturas.



Lit. de J. DONON, Madrid.

EL CARDENAL CISNEROS.



LIBRO SEGUNDO.

PARTE DESCRIPTIVA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Division civil, militar y eclesiástica de la provincia de Madrid; sus partidos judiciales.—Su situacion y clima.—Cordilleras: las tres principales de Somosierra, los Carpetanos y Guadarrama, con sus derivaciones.—Rios: su nacimiento, curso y desagüe.

LA provincia de Madrid, que es la primera de España en el orden administrativo, civilmente considerada depende del gobierno tambien civil establecido en la capital; en lo judicial, de la audiencia de su territorio, existente en el mismo punto; en cuanto á su organizacion militar, de la capitanía general de Castilla la Nueva, que comprende las provincias de Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Madrid, Segovia y Toledo, y en la parte eclesiástica, de la diócesis de Toledo, excepto el pueblo de Valdequemada, que pertenece á la de Avila, y los de Aranjuez y el Pardo, que como sitios reales corresponden á la jurisdiccion exenta de la patriarcal; pero el Escorial de Abajo y San Lorenzo del Escorial, aunque se consideran tambien como posesiones del Real Patrimonio, y en tiempos pasados dependian de la jurisdiccion abacial de aquel monasterio, desde la supresion de las órdenes monásticas pasó á formar parte de dicha diócesis de Toledo.

Se compone esta provincia de los partidos judiciales de Alcalá de Henares, Chinchon, Colmenar Viejo, Getafe, Navalcarnero, San Martin de Valdeiglesias, Torrelaguna y Madrid, este último dividido en los distritos de la Audiencia, Buenavista, Centro, Congreso, Hospicio, Hospital, Inclusa, Latina, Palacio y Universidad. El número de sus ayuntamientos asciende á ciento noventa y siete, y sus poblaciones á doscientas veinticinco, de ellas ciento treinta y cuatro villas, ochenta y un lugares y una ciudad, de que más adelante trataremos.

Hállase situada en el centro de España, en una extensa meseta, entre las latitudes de $39^{\circ} 53' 48''$ y

$41^{\circ} 7' 46''$, y las longitudes de $0^{\circ} 35' 15''$ E. y $0^{\circ} 50' 22'$ Oeste, meridiano de Madrid, y tiene por límites convencionales al N. las montañas de Somosierra, al S. los términos de Aranjuez, el rio Tajo al E. y al O. las primeras vertientes del rio Tiétar. Está rodeada de las provincias de Guadalajara, Cuenca, Toledo, Avila y Segovia, de las que la separan terrenos bastante determinados ó rios de mediano caudal. Su superficie se calcula en más de doscientas cincuenta leguas cuadradas, y en millon y medio de fanegas de tierra, de las cuales una mitad próximamente se hallan sin cultivar; el arbolado ocupa más de doscientas veintisiete mil fanegas.

Su clima guarda relacion con la altura á que se halla sobre el Mediterráneo, que es muy considerable, pues varía de mil seiscientos cincuenta y ocho á ocho mil quinientos cincuenta y siete piés castellanos. Esta es la causa de que su temperatura media anual sea mucho más baja en lo general que la que debiera corresponderla, atendida su latitud; y para poder apreciarla, no hay más que tener presente la de Madrid, donde la escala de variaciones es de 46° centígrados, y donde á una primavera irregular ó cálida y lluviosa, siguen unos estíos secos y abrasadores, otoños templados y agradables é inviernos de frios secos y penetrantes. Por último, los vientos predominantes son el SO. en los meses de primavera y verano, y el O. y N. en las otras dos estaciones. El término medio de las indicaciones del higrómetro Saussure es de 70° y la cantidad de agua de lluvia anual de unos 520 milímetros, repartida en unos noventa dias.

Por las montañas que circuyen la provincia de Madrid, pudieran designarse sus límites naturales. Unas corren sin interrupcion, formando una gran cadena, desde el NNE. hasta el OSO., y reciben diversos nombres, aunque en general se les aplica sólo el de *la Sierra*. Nace ésta con un poco de inclinacion al E. de Somosierra, y fuera de la provincia se une con los montes de Toledo y Avila, cerca de la villa de Cenicientos. En ciertos puntos mide una al-